

Los impugnadores de la violencia

Por Editorial, La Nueva Provincia, 2 de mayo de 1982, Bahía Blanca, Argentina

SE HAN REGISTRADO, bien que en una forma muy aislada y en una proporción sumamente minoritaria, voces que se preguntaban -ante el estallido de la guerra austral- si este hecho militar era legítimo, si la violencia en sí lo es y, en términos generales, si un pedazo de tierra vale lo que una vida humana. Formulado con corrección el interrogante, es decir: con una inquisición filosófica, la cuestión se plantea de la siguiente manera: ¿Es la paz un valor absoluto, es la paz el valor supremo?

EN LAS PRESENTES circunstancias no cabe duda que tanto la pregunta como la respuesta se ven afectadas en su base por una fuerte carga afectiva en algunos casos y por una cierta deformación ideológica en otro. El simple hecho de insinuar la posibilidad de una oposición -por la cual habría que elegir entre la posesión de la tierra (esto es : de la Patria) y la vida humana- denuncia un determinado desorden de valores, producto de una confusión intelectual y de una buena dosis de superficialidad.

Bastaría con indicarle a este tal impugnador que la vida, el hombre mismo, adquieren o pierden valores según los méritos que obtengan, según las grandes empresas que se propongan o los propósitos que los inspiren o los objetivos que los impulsen. Por lo tanto, puede haber -y la historia y la vida están llenas de esos ejemplos- seres carentes de valor, en ocasiones de modo casi total. Como ha observado la antropología filosófica contemporánea, el hombre puede llegar a negarse a sí mismo porque "ser hombre es intentar serlo". Un hombre, una vida se enaltece -y bien se podría afirmar que es el único modo de lograrlo- en contacto y al servicio de las grandes causas, de las causas verdaderas. Si la Verdad nos hace libres es porque, sencillamente, nos hace hombres.

PERO ESTÁN ENTRE LOS impugnadores tácitos de conciencia -que postergan a la Patria a su credo-, así como aquellos lo hacen a su poltronería- los que levantan a la Paz por encima de cualquier otra consideración. Escriben paz con mayúscula, con la misma inconsistencia con que los enciclopedistas del siglo XVIII garrapateaban el término "libertad" y los marxistas del XX el de "revolución". De esta manera, con esta terminología que traduce tamaño caos mental y emocional, nadie puede entender por qué donde debería haber un concepto hay una exclamación, cuando no un alarido. Porque así como la libertad no es un absoluto ni tampoco lo es el progreso, no lo es la paz que, en todo caso -y en esto seguimos fielmente la enseñanza más reciente de la Iglesia Católica- resulta una condición, si se quiere la principal pero no única, del bien común (nacional e internacional) que se fundamenta sobre y en torno a la dignidad humana. Causa pavor tener que detenerse en este tipo de consideraciones, a la luz de la tétrica y trágica experiencia histórica contemporánea, abrumada por la absolutización brutal de valores relativos, como el estado, la raza, el partido...la libertad y la paz.

ES INÚTIL INSISTIR en que la paz es un objeto legítimo y un bien deseable. La Carta de las Naciones Unidas lo dice y confirma a lo largo de toda su redacción desde su preámbulo completado en el artículo Primero del capítulo I y también en el Art. 33, entre otros muchos lugares. Pero pareciera, ante estas impugnaciones, que fuera preciso aclarar que de ninguna manera y en ningún caso puede tratarse de "una paz a

cualquier precio" porque una paz así sería endeble provendría de una injusticia o la provocaría y, además, sería el fruto de la violencia que es una coacción atentatoria de la libertad. Una paz injusta es, por otra parte, débil y precaria, apenas un paréntesis entre dos episodios guerreros. Nada más contrario, entonces, al verdadero concepto de paz que estos balbuceos pacifistas que la conciben como una ausencia de violencia, concepción pequeña y mezquina, negativa y vacía que hace imposible cualquier plexo de valores.

UNA SIMPLE "NO-VIOLENCIA" constituye, en realidad, la más burda de las entregas, la más cobarde de las claudicaciones. Y, en este sentido, significa, pura y simplemente, no creer en nada, no amar nada. No defender lo que se ve como un bien, no pelear por lo que se ama, es prueba de sequedad del alma; denuncia un agnosticismo profundo, atroz, visceral que infertiliza toda obra y cualquier pensamiento, algo muy cercano y parecido al nihilismo.

ESTA PROPOSICIÓN de paz es, radicalmente, antihumana porque barre con todos los valores verdaderos que estructuran el ser del hombre. No los niega sino que los torna inútiles o imposibles, secundarios, relativos o subsidiarios, los desprecia y subalterna, los sacrifica ante el altar de la comodidad, de la cobardía y del sensualismo.

UNA PAZ ASI NO distingue más entre el bien y el mal y a partir de allí el hombre se despeña en su propia deshumanización.